

creyeron muerto, y le cortaron algunos cabellos para tener alguna reliquia, pero los habitantes de Ciro acudieron con algunos soldados, y despues de poner su cuerpo en un lecho, lo llevaron á un monasterio de la ciudad, próximo á la iglesia de un profeta.

Teodoreto se encontraba entónces en Berea con Acacio obispo de esta ciudad, y vinieron á participarle el estado del Santo. Inmediatamente partió, no descansando noche y dia hasta llegar al paraje en que habitaba. Le encontró destituido de palabra y de conocimiento ; pero al saludarle y decirle que Acacio, á quién tanto estimaba, se encomendaba á él, abrió los ojos, y volvió á cerrarlos tan luego como le hubo preguntado como se hallaba, y cuando habia venido.

Tres dias permaneció en esta situación, al cabo de los cuales recobró algún tanto el conocimiento ; preguntó en donde se hallaba, y cuando lo supo, se affigió en extremo, siendo necesario trasladarle nuevamente á la montaña. A la mañana siguiente, Teodoreto, que no se separaba de su lado, quiso hacerle tomar una bebida, y le dijo que la aceptase como una penitencia propia del tiempo de enfermedad. San Polícrono estaba presente también, como hemos visto en el capítulo precedente, y le rogó también que la tomase. En esta ocasión se manifestó cuanta es la rectitud de corazón de los Santos, y cuán léjos se hallan de obrar por miras puramente humanas, pues uno de los que estaban presentes quiso cubrir el vaso en que estaba la bebida. San Jacobo le preguntó la causa, y habiéndole respondido que lo hacía para que nadie le viese, le respondió estas hermosas palabras.

« Procura, hijo mio, no ocultar á los ojos de los hombres lo que es conocido de Dios, Creador de todas las cosas : pues no queriendo vivir más que para él, me tomo poco cuidado de la gloria y estimación de los hombres. ¿ Qué

provecho puedo yo sacar de que los que vienen á verme crean que mis austeridades son mayores de lo que aparecen en la presencia de Dios, si es éste, y no ellos, el que recompensa los trabajos que se emprenden por servirle ? », Teodereto admira con mucha razón este respuesta, que prueba, cuán elevado estaba el espíritu de este Santo sobre todas las alabanzas humanas.

Queriendo este historiador darnos otra prueba de su extremada paciencia en la vida penitente que llevaba, dice que ocurría con frecuencia, que, hallándose postrado en tierra, le cubria la nieve, que durante dos y tres dias caía, hasta el punto de no verse sus hábitos. Y todo esto lo sufría con admirable dulzura de espíritu, hasta que algunos habitantes de las cercanías venían á quitarle la nieve. Nada de esto era suficiente á apartar su espíritu de la oración.

Pero no sólomente tuvo que combatir consigo mismo, tratando su cuerpo con tanto rigor ; sino que hubo de luchar contra las potestades de las tinieblas, que, desde el principio de su vida solitaria, le declararon encarnizada guerra. El demonio se le apareció durante diez dias consecutivos á la hora de la comida, bajo la repugnante figura de un etiope que arrojaba fuego por los ojos. Pero despreciando estas ilusiones, no dejaba de comer, lo cual irritó de tal manera al inmundo espíritu, que le amenazó con una vara. Pégame, le dijo entónces el Santo, si Dios te ha dado poder para ello, y entónces recibiré con gozo tus golpes, porque no vendrán de tu mano, sino de la suya ; pero si no te lo permite, no podrás hacerlo, por más que tu rabia lo intente mil veces. Este desafio desvaneció el fantasma, pero el maligno espíritu no dejó de tenderle otros lazos.

Dos veces en la semana le llevaban agua para sus necesidades. Ocurrió un dia que el demonio, tomando un cuerpo fantástico, se puso delante del que se la llevaba, y

se la quitó de las manos. Tres veces consecutivas hizo lo mismo, de modo que el siervo de Dios tuvo que sufrir mucha sed. Preguntó, por último, al que se la llevaba cual era la causa de haber dejado de hacer esta obra de caridad durante quince días, y éste le respondió: ¡ Ay! yo no he dejado de traerla, y la pongo en tal sitio. Comprendió entonces el Santo el artificio del demonio, y dijo á este hombre: Aún cuando mil veces me veais en este sitio, llevadme el agua á este otro.

Descubierto de esta manera el demonio, vino á atacarle nuevamente de noche, gritándole con voz espantosa: Destruiré tu reputación: te se mirará como á un hombre deshonorado, y nadie hará caso de tí... Tanto mejor, le respondió el Santo: me harás en ello un señalado servicio, porque no viendo á nadie, tendré todo el tiempo por mío, y lo podré consagrar enteramente á la contemplación de las cosas eternas... El demonio intentó efectivamente hacerlo, apareciendo en unión de otro maligno espíritu sobre la montaña bajo la forma de dos mujeres, para figurar que el Santo las hubiese llamado. Turbóse su corazón, lo cual demuestra que no permitía que viniesen á verle las mujeres en su retiro. Pensó arrojarles piedras; pero recordando la amenaza del demonio, y comprendiendo que quería ejecutarla por aquel medio, le dijo: Aunque quieran acercarse á mí, yo emplearé contra ellas las armas de la oración. Esta firme determinación desconcertó á los demonios, y les hizo huir.

En otra ocasión y mientras que se entregaba á la oración, le hicieron oír el ruido de un carruaje y de un numeroso cortejo, cual si se acercase el gobernador del país con todo su séquito. Pensó que no podría ser este señor, que á la sazón se hallaba ausente, y que la estación era muy mala, para que un carruaje pudiese subir á la montaña. Reconoció entonces que era obra del demonio, y cuando se

hubo acercado convenientemente, le dijo con intrepidez: ¿ Hasta cuando, desgraciado espíritu, has de usar de tus artificios, y despreciar la bondad de Dios? En seguida se volvió hacia la parte de Oriente, y se puso á orar, lo cual obligó al maligno espíritu á retirarse; pero al desaparecer, le dió un empujón, como para echarlo á tierra, lo que no pudo conseguir, porque le sostenia la gracia del Señor.

Teodoro aprendió estos hechos de la misma boca del Santo á quien considera incapaz de faltar á la verdad. Ya hemos hecho notar, al trazar la vida de este ilustre prelado, que sus oraciones le atraian los auxilios del cielo, para que pudiese purgar su diócesis de los marcionitas de que estaban infestadas muchas ciudades, á lo cual añadiremos que Dios hizo conocer á san Jacobo la protección que debia dar á este santo obispo, para que llenase cumplidamente su misión. El mismo Teodoreto lo refiere en estos términos. « Habiendo resuelto ir á la principal de estas aldeas, y encontrando grandes dificultades, envié á pedir á mi Isaiás (san Jacobo) el auxilio de sus oraciones, y me respondió: Nada temais, Dios me ha hecho ver en esta noche, no en sueños, sino en una visión real, que todos los obstáculos se disiparán cual una tela de araña, y cuando empecé á cantar los salmos, ví hacia la parte de estas aldeas una serpiente de fuego, que era llevada por los aires desde el oriente al occidente. Cuando habia dicho tres salmos, ví á esta misma serpiente replegarse en forma de círculo, de suerte que su cabeza tocaba con su cola. Cuando estaba en el salmo octavo, la ví partida en dos trozos, y ser reducida á humo. »

Los efectos comprobaron la verdad de esta visión, y explicaron el misterio, pues continua Teodoreto: « Desde muy temprano vinieron los herejes de la parte de occidente con la espada en la mano: cerca de las nueve de la mañana se replegaron en forma de círculo para atender á

su propia seguridad, y por último, á las cuatro de la tarde se dispersaron, y pudimos entrar en la aldea, en donde encontramos una serpiente de bronce, á la que tributaban sus adoraciones. » El mismo autor refiere otras dos visiones habidas por el Santo, una del patriarca José, y otra de san Juan Bautista. Hablando, por último, de los milagros que hizo, dice, que curó á muchos enfermos, y libró á muchos poseídos con su bendición y sus oraciones. Asegura como una cosa conocida de todo el mundo, que resucitó á un niño, á quien iban á dar sepultura. » ¿ Quién no sabe, dice, que un niño, cuyos padres vivían en un barrio de la ciudad, fué resucitado por sus oraciones? Cuando éste nació, habían tenido otros hijos, todos los cuales habían muerto jóvenes, y queriendo el padre que éste no sufriera la misma suerte, acudió á las oraciones del Santo, prometiendo que, si no se moría, lo consagraria al Señor; Sin embargo, el niño murió á la edad de cuatro años. Hallábase su padre ausente, y cuando volvió, encontró que le llevaban á la sepultura. Puesto que he prometido, dijo, consagrar mi hijo al Señor, quiero presentárselo por medio de su siervo San Jacobo, para cumplir mi promesa en cuanto me es posible. Llévóle, pues, á los pies del Santo, el cual, postrándose, se entregó á la oración. Llegada la tarde, el niño empezó á llamar á su padre, y el Santo se lo devolvió, después de dar gracias al soberano Arbitro de todas las cosas, que con tanta misericordia se rinde á los votos de los que tienen grabado su temor en sus corazones. » Teodoreto supo todo esto por la relación que le hizo el padre, y porque conoció al niño.

Hallábase el Santo muy molestado, porque á cada momento le interrumpían en su oración, pues no teniendo celda, ni muros, ni techumbre, no podía ocultarse á los que venían á verle; mientras que los demás anacoretas, estando encerrados en sus celdas, gozaban del más com-

pleto reposo. Así es que algunas personas se quejaron á Teodoreto de que no las atendía.

Hablóle Teodoreto de estas quejas en estos términos: Muchos tienen pena de tener que retirarse sin recibir vuestra bendición. Me parece que, después que han emprendido un viaje tan largo y penoso, no debe privárseles de este consuelo. A lo cual respondió: Yo he venido á esta montaña con el exclusivo objeto de salvarme: pues teniendo mi alma cubierta de llagas á causa de los muchos pecados que he cometido, necesito orar mucho para que me las cure nuestra Señor Jesucristo. Pues bien, si yo estuviese al servicio de un amo, cuando llegase la hora de ponerle la comida, no me entretendría en hablar con mis compañeros. Así mismo, si yo tuviese que comparecer ante un magistrado, no le dejaría en medio de su discurso para hablar con cualquiera otra persona. ¿ Porqué, pues, se pretende de mí, que, mientras estoy hablando con el Señor del mundo, con el Juez soberano, interrumpa mis oraciones para entretenerme en conversación con los hombres, que no son más que servidores y clientes como yo? Comprendióle Teodoreto, é hizo comprender estas razones á los que iban á quejarse.

La extrema veneración que se le profesaba, hizo que se pensase anticipadamente en la manera de honrar sus reliquias el día que muriese, y con este objeto se edificó una iglesia en la aldea más próxima á la montaña, y Teodoreto, por su parte le construyó una tumba en la iglesia de los santos Apóstoles. Llegó á apercibirse de ello, y rogó á Teodoreto que se le sepultase en la montaña.

Quiso persuadirle este prelado, haciéndole ver que, habiendo despreciado hasta entonces todas las cosas de esta vida, no debía preocuparse de lo que se hiciese de su cuerpo después de su muerte. No se rindió el Santo á estas razones, su humildad no le permitía aceptar semejante dis-

tinción, y así es que rogó encarecidamente á Teodoreto que le librase de aquella gran mortificación, y queriendo satisfacer en algún modo á sus deseos, hizo llevar á la montaña la tumba que habia preparado, y edificar una humilde capilla que la preservase de las injurias del tiempo.

No quedaba satisfecha con esto la humildad del Santo, pues temia que esta tumba inmortalizase su nombre. Como no habia trabajado más que para poseer á Dios en el cielo, no queria que se conservase en el mundo niugún monumento que perpetuara su memoria. Nunca permitiré, dijo, que se diga, ésta es la tumba de Jacobo, y así es que deseo que esta capilla lleve el titulo de los santos Mártires, y por lo que á mi toca, que se me coloque en un lugar inmediato, como un pobre á quién se ha hecho la caridad de recibirle.

Para ello recogió varias reliquias de santos, que colocó en la tumba que Teodoreto le habia preparado, creyéndose muy dichoso con ocupar un rincón al lado de estos despojos sagrados, para resucitar un dia con ellos, y participar de su gloria en el seno del mismo Dios. Teodoro el Lector asegura que se le colocó en la misma tumba, y esto despues de la muerte del obispo Teodoreto, pues el Santo le sobrevivió. San Zebinas le habia dado su primer cilicio, así como una túnica de pieles, la cual envió á Polícrono, el compañero de sus trabajos, pero éste, encontrándola demasiado buena para él, como hemos dicho en el capítulo precedente, no quiso usarla.

No debemos olvidar que el emperador León escribió á nuestro Santo en particular, así como á san Simeón Estilita y á san Baradat, para consultar su opinión acerca del concilio de Calcedonia y de Timoteo Eluro, que habia usurpado la silla de Alejandria, y que en su respuesta le manifestó, lo mismo que estos dos santos, tanto horror á la conducta de Timoteo, como veneración al concilio. Escri-

bió con este mismo objeto á Basilio, obispo de Antioquia, una carta de un estilo sencillo, pero llena del espíritu de Dios. Esto demuestra en cuán grande estimación era tenido el Santo. El mismo Teodoreto, habiéndose visto obligado á escribir á dos magistrados en favor de sus diócesanos, á quienes se oprimía con excesivos tributos, les hace presente que el santo hombre Jacobo le pedia también esta misma gracia, y que si no les escribia, era porque no tenia costumbre de hacerlo, á causa del amor que profesaba al silencio y á la contemplación.

Como no es de creer que Teodoreto viviera más allá del año 457, se sigue que san Jacobo, que murió despues de él, vivia en este año. Los griegos celebran su fiesta el 26 de noviembre. Valois opina que este santo era el mismo Jacobo, sacerdote y monje, á quién Teodoreto escribió su carta vigésima octava. Pero Bulteau no es de la misma opinión, y Tillemont hace notar muy oportunamente, que el nombre de Jacobo era tan común, que no puede servir de prueba, y que si el Jacobo de que tratamos hubiera sido sacerdote, Teodoreto no hubiera dejado de hacerlo constar.

San Limno fué también discípulo de san Marón, y se puso bajo su dirección al mismo tiempo que san Jacobo; pero en su juventud habia sido ejercitado en las prácticas de la vida religiosa por san Talaso, que tenia su morada en una pequeña colina, situada al mediodía de la aldea de Tilíma, en que brillaba por sus virtudes, y principalmente por su sencillez y modestia.

Teodoreto trató mucho á san Talaso, que parece haber muerto hacia el año 440, ó sea cuando este prelado escribia su Historia religiosa. La primera lección que este santo anciano dió á Limno fué prevenirle, que uno de los principales deberes del religioso consiste en tener sumo cuidado con la lengua, y obediente este discípulo, la practicó con

tanta perfección, que estuvo mucho tiempo sin hablar á nadie.

San Limno era de avanzada edad, cuando se puso bajo la dirección de san Marón, á cuyo lado hizo grandes progresos. Movido despues por un ardiente deseo de imitar su penitencia, se trasladó á una montaña inmediata á la aldea de Targalo, y en lugar de construir una celda, se encerró en un recinto formado con piedras, y cuya puerta tapó con tierra. A ejemplo de su maestro, se condenó á vivir al aire libre, expuesto noche y dia á las inclemencias de las estaciones. A pesar de esto, le buscaban innumerables personas para aprovecharse de sus instrucciones, que les daba por una pequeña ventana ; pero abrió su puerta á Teodoreto que vino á visitarle, y con este motivo penetraron al mismo tiempo muchas personas deseosas de escuchar más de cerca sus celestiales avisos. Este prelado asegura que obraba muchos milagros, de alguno de los cuales fué testigo ocular. Se sirvió de este don para curarse á sí mismo en dos ocasiones, en que se dejó ver su invencible paciencia y la fé viva de que se hallaba animado. Hallándose un dia molestado por un fuerte cólico, y mordido en otra ocasión por una víbora, no empleó otro remedio que la oración y el signo de la cruz, con el cual quedó enteramente curado.

Su caridad le hizo construir dos habitaciones al rededor de su estrecho recinto, en donde hospedaba á algunos ciegos, á quienes alimentaba con las limosnas que recogia, á la vez que cultivaba sus almas con sus instrucciones, y les excitaba á cantar las alabanzas divinas. Hacía treinta y ocho años que vivia de esta manera, cuando Teodoreto escribia lo que acabamos de exponer. Los griegos honran su memoria el 22 de febrero, juntamente con la de san Talaso, su primer padre espiritual.

LOS SANTOS EUSEBIO, JUAN, MOISÉS, ANTIOCO, ETC.

Muy poco dice Teodoreto de estos santos solitarios, por lo cual trataremos en un solo capítulo todo lo que á ellos se refiere. Dice de Eusebio, que murió de muy avanzada edad : que sus trabajos igualaron á sus años, y que su virtud igualó á sus trabajos. Este Santo comenzó sus primeros ensayos de vida monástica en una comunidad compuesta de excelentes religiosos, distinguiéndose por su ciega obediencia. Su docilidad le hizo estar enteramente sometido á la voluntad de sus superiores, los cuales le formaron en la ciencia de los santos, y le hicieron caminar á grandes pasos por la senda de la virtud.

Despues de unos progresos tan felices como rápidos, Dios recompensó su fidelidad imprimiendo en su corazón un ardiente deseo de practicar el dulce reposo de la vida de los anacoretas, y un atractivo irresistible á la oración. Para ello se retiró á una montaña no muy lejos de la aldea de Asica, escogiendo para su morada una fosa descubierta, que rodeó con una muralla de piedras secas. Allí, sin otra techumbre que el cielo, y vestido con un hábito de pieles, añadió á los rigores del frio y á los ardores de un sol abrasador una abstinencia en extremo rigurosa, no alimentándose más que de legumbres, y esto en muy reducida cantidad.

Continuó este género de vida hasta muy avanzada edad, y las austeridades estenuaron hasta tal punto su cuerpo, que parecia un rígido esqueleto, y si se tenia en pié, era porque su piel estaba enteramente pegada á su hábito.